

AZUL PROFUNDO, NOCHE OSCURA
Sala El Brocense, 2022

El salto de la vigilia al sueño llega con un choque, soñar la caída, sentirse caer, es tan sólo una metáfora. La mentira que inventa nuestro cerebro en forma de gravedad como una atracción incontestable hacia la profundidad, es la traducción consciente del proceso de transformación que ocurre durante el sueño. Un viaje a lo desconocido que realizamos cada noche de la mano de la oscuridad por aquel territorio tantas veces explorado como incierto. La noche nos acompaña en este ciclo, respirar y exhalar, ritmo y repetición, como un movimiento pendular que mece al durmiente mientras la marea sube.

En un mundo que ha perdido el ritmo, no hay noche, y por este motivo, la humanidad se vuelve sonámbula, entre el letargo y la vigilia, deambulantes sin razón ni destino, consumidores de pequeñas dosis de emoción contenida y debidamente bien empaquetada. El sueño emerge como territorio de resistencia frente al adormecimiento diurno. Sumirnos en el ritmo impuesto sofoca la inquietud y anestesia los sentidos, que, amenazados se rebelan y nos perturban. El remedio que se nos ofrece es acallarlos mediante pastillas para dormir y bebidas energéticas para mantenerse despierto, productos que disfrazan sin esconder su finalidad de regular los procesos vitales en busca de la optimización del tiempo improductivo, en busca del sujeto imperturbable. Como una enfermedad latente, el sueño se convierte en síntoma, nos llama y alerta cada noche buscando despertar nuestra curiosidad, invitándonos a adentrarnos en lo desconocido para despertarnos del letargo, recordándonos que existe un lugar para lo incomprendible, dormir para soñar, soñar para despertar.

Soñar es un modo de perder la forma humana, librarnos de arquetipos e imposiciones sociales que influyen en la construcción de la identidad individual, es una manera de invitar a la sombra a guiar nuestros pasos, de ceder terreno al instinto. El sueño es el territorio donde habitan nuestros miedos, pesadillas e ilusiones. Se presenta ante nosotros como el único lugar donde somos libres, pues ni nuestra propia conciencia está presente para imponerse. Pero, como en cualquier cuento clásico, siempre hay un precio que pagar o una maldición por cada don recibido, porque al cruzar el umbral del sueño dejamos el cuerpo atrás, y, al regresar, el recuerdo de aquello que nos acompaña y conforma el reino de lo invisible se disipa, se vuelve cada vez más borroso mientras la claridad del día y la nitidez del entorno se hacen dueñas de la realidad para imponer su propio ritmo.

Azul profundo, noche oscura trae al plano consciente los ecos de la escapada nocturna de nuestra mente al reino de los sueños, que laten sumergidos y ahogados por una imposición social que busca la optimización a cualquier precio, que reniega de la individualidad y de lo que no comprende, que ofrece una vida sin vivir. La exposición invita a adentrarse en ese viaje a lo desconocido, a despojarnos del miedo a la incertidumbre, asimilar lo extraño como propio para así despertar del letargo y devolvernos la forma humana.

Beatriz Díaz Lucido